

# VIOLETAS BLANCAS

Un cuento de  
MARIA COURTENAY SUTTON

**S**OLO diez centavos el ramo, señorita. Rosa Pintos volvió a la realidad con un sobresalto y vió ante ella una muchachita con una cesta colgada al cuello llena de hermosas violetas titilantes todavía de rocío.

— ¡Qué bellas! — murmuró entre dientes.

Alargó la mano para tomar un ramo. Eran las primeras que veía y eran blancas como la nieve; no cultivadas en invernaderos, sino del propio campo, silvestres, con todo el aroma y la belleza de que tan pródiga es la naturaleza con algunas de sus flores favoritas.

Dejó caer un peso en la mano de la muchachita, que se quedó con los ojos abiertos. Por la primera vez en su vida se mostraba tan espléndida.

De pronto se sintió sin fuerzas para continuar en su involuntario destierro; no podía más; tenía que volver a su casa, ver su familia, contemplar de cerca esas flores en su propio ambiente; respirar el aire puro y embalsamado. Su mente se llenó de recuerdos y su corazón de anhelos.

Hacía dos años y medio que faltaba de su hogar, pero le parecía que hacía un siglo que no contemplaba aquella linda casita recubierta de hiedra, con sus viejas ventanas abiertas a un rústico pero lindo jardín, lleno de rosas y "violetas blancas", las mensajeras presentes de tan bellos recuerdos.

— ¡Si yo pudiera ver todo eso!...

Fué cosa convenida entre ella y su familia que durante el primer año no volvería a su casa, pues necesitaban todo el dinero que pudiera enviarles.

Regresó al hotel, tomando por callejas, para no ver ese sol tan radiante que avivaba en ella tantas añoranzas.

Llegó al hotel y se dirigió a la señorita Barros, una mujer de mediana edad y de aspecto afable, de quien era secretaria.

— ¡Ya de vuelta, Rosa? — Y al fijarse en el ramo, exclamó: — ¡Violetas! ¡Qué lindas! Y son tempraneras, ¿verdad? ¡Oh, cómo nos hablan de primavera y de amor!...

Rosa depositó las flores sobre el escritorio y dijo con voz ahogada por la emoción:

— Señorita Barros, desearía pedirle un favor. Tengo muchos deseos de ir a ver a mi familia... Esas violetas tienen la culpa. ¡Hay tantas en casa!...

Y sus ojos llenos de muda súplica se fijaron en ella y un sollozo oprimió su garganta.

La señorita Barros se sintió conmovida.

— Naturalmente que puede ir, queridita, si no ha tenido ninguna vacación. Vaya y pásese quince días allí con los suyos.

— ¡Oh, muchas gracias! Mas no vaya usted a creer que no me siento feliz aquí, pero... estas flores, su perfume hablaron tanto a mi corazón...

— Sí, comprendo; ahora telegráfíe a su familia avisándole que va mañana, y no vuelva hasta dentro de quince días — díjole la señorita Barros con voz cariñosa.

La alegría y la emoción de enviar el telegrama, de elegir lo que debía llevar o dejar, encendió sus mejillas y llenó de felicidad su mirada. Aquella noche en la mesa, la señorita Barros se sorprendió al verla tan linda, y pensó:

— Es realmente bonita esta chica. ¿Habré obrado cuerdamente al hablarle a mi sobrino preferido en la forma que lo hice? ¡Pero qué tonta soy! Claro que es demasiado bonita para viajar sola.

Durante toda la noche le fué imposible a Rosa cerrar sus ojos. Visiones queridas desfilaban por su febril imaginación. ¿Cómo la encontraría su padre? ¿Le gustaría a Vera el vestido que le llevaba? Le hubiera gustado a ella tener mejores trajes que ponerse para ir a verles, pero ¡le resultaba tan hermoso enviarles todo el dinero que



podía!  
Con Vera  
y los tres  
chicos necesi-  
aban mucho, ¡y lue-  
go su madre había  
sido tan buena con ella  
cuando pequeña! Pero aho-  
ra hacía ya un año que Vera  
estaba empleada.

Todos los recuerdos acudían en tropel a su memoria. ¡Qué lástima que los niños hubiesen tenido la escarlatina por Navidad! Esto le impidió ir. Sin embargo, no le descorazonó, pues para visitar el campo no hay como la primavera. Por fin llegó la mañana, y sonriente se despidió de su patrona:

— Gracias — le dijo, — cuando regrese trabajaré con doble afán. Ya en el tren, no había terminado aún de acomodarse cuando oyó una voz a su lado que le decía:

— Buenos días, señorita Pintos, ¿le molestaría mi compañía?

Al oír esto se sonrojó, pues en un día de tantas emociones le era imposible ocultar su alegría.

— Buenos días, señor Barros, ¿viaja usted también en esta dirección?

*Y empezó a hablarle de los suyos, poco a poco, y con el entusiasmo de la conversación dejó traslucir en su voz y en sus ojos los sen-*